

evadirse de manos de Pompeyo. Este joven había expulsado de Jerusalén a su tío el débil Hircano y había fortificado el castillo de Alexandreia, ó sea el de Cariot, y el de Maquero, situado al Este del mar Muerto, aquel para defenderse contra los romanos y éste para resistir los ataques de los árabes, y no reconstruyó las murallas de Jerusalén porque se lo impidieron los romanos que Pompeyo había dejado allí. Gabinio marchó contra Alejandro á la cabeza de sus fuerzas romanas aumentadas con los judíos que se habían mantenido fieles y con idumeos acaudillados por Antípatro. Cerca de Jerusalén fué derrotado Alejandro con los suyos, y entonces los romanos atacaron los castillos. En el sitio de Alexandreia se distinguió entonces Marco Antonio, que tanta celebridad adquirió despues. Sin descuidar el sitio de los castillos continuó Gabinio la política de Pompeyo respecto de las ciudades quitadas á los judíos; reconstruyó las que los príncipes Asmoneos habían destruido y favoreció solícitamente á otras como Rafia, en el Mediodía de Palestina, Gamala, al Este, Apolonia y Antedon en el Oeste.

Pronto se vió Alejandro tan acorralado y en tanto aprieto que tuvo que entregar sus castillos á Gabinio, el cual los arrasó, y viéndose ya dueño del país le dió una organizacion enteramente nueva. Condujo á Hircano á Jerusalén, pero solo le confió el cuidado del santuario; puso al frente de la administracion civil y la justicia á cinco sanhedrines ó consejos, tres para la Judea propiamente dicha, con residencia respectivamente en Jerusalén, Jericó y Gaza, uno para la Galilea con residencia en Séforis, y uno para el país al Este del Jordán, cuya residencia era Amato. El objeto de esta division en cinco consejos no pudo ser sino disminuir la importancia de Jerusalén; solo que el gobierno romano tenia una habilidad especial para poner sus intenciones en concordancia con los deseos íntimos de las poblaciones de sus provincias; y en el caso presente se puede creer al historiador Josefo cuando dice al final de su relato de la nueva organizacion del país: «Gran alegría causó á los judíos el verse libres del régimen de un gobernante único y gozar en adelante de una constitucion aristocrática.» No es probable que Josefo escribiera esto para halagar á los romanos, porque es lícito suponer que desde la separacion de Juan Hircano del partido de los exclusivistas (ó fariseos) estos fueron ganando mas y mas importancia é influencia. Alejandra y despues Pompeyo habían separado nuevamente de la escena el partido saduceo, el mas activo en el campo político, y muchos saduceos de los mas significados habían perecido. Los fariseos en cambio, por la natural exageracion del espíritu de partido, habían considerado cada vez mas ilegal la dignidad real en la familia Asmonea é igualmente ilegales las tendencias y propósitos de esta familia, sin exceptuar el principal de hacer á la Judea independiente. Este partido devoto inflexible fué el que obligó indirectamente primero á Alejandro Janeo y mucho mas despues á Alejandra á confiar en gran parte á extranjeros la defensa y los asuntos internacionales de la nacion judía, á fin de que los judíos no se vieran en el caso de faltar en el ejercicio de estos cargos á las prescripciones de su religion. Así se comprende que los fariseos vieran con mas alegría que afliccion la destruccion de su independencia nacional, independencia que llevaba consigo continuas inobservancias de la religion. La solicitud que los amos, los romanos, mostraban por la religion de los judíos hacia que los fariseos mirasen con indiferencia ó á lo menos sin inquietud la gran extension que tomaba en Palestina la vida pagana, mientras no inficionase á los judíos. Esto les parecia preferible á un rey de su nacion, que si se inclinaba á la tolerancia ó al partido saduceo, perjudicaba á la religion en general. También pudo gustar á los fariseos la creacion

de cinco consejos, porque estando compuestos de individuos del partido dominante podian vigilar mejor la observancia estricta de los preceptos de la ley judía. Verdad es que esta ley estaba íntimamente ligada á la ciudad de Jerusalén, donde se hallaban el templo y el centro del país judío, lo cual fué causa de que no se realizara nunca el propósito de Gabinio, de que los cinco consejos gozasen para el pueblo judío de igual autoridad á fin de reducir la importancia de Jerusalén. Pudo mas la tradicion que el cálculo de Gabinio, pues no solamente fué el sanhedrin de Jerusalén la autoridad suprema para todos los judíos, sino que los otros cuatro consejos quedaron relegados al olvido y desaparecieron no se sabe cómo. El consejo ó sanhedrin de Jerusalén llegó á ser así hasta cierto punto el sucesor del antiguo consejo de ancianos que gobernó en otro tiempo desde Jerusalén la comunidad judía; pero seria un error mirar el sanhedrin como la simple continuacion del consejo ó consistorio de ancianos, porque éste había perdido en tiempo de los Asmoneos toda importancia y solo recuerdan su existencia las monedas; y por otra parte estaba compuesto de una manera muy diferente del sanhedrin. Nació el consejo de ancianos evidentemente en tiempo de los Tolomeos á imitacion de los consejos de las ciudades griegas, sus individuos eran los jefes de las grandes familias y su mision era cuidar del bienestar político y social de todo el pueblo judío. En cambio el carácter fundamental de los fariseos que componian el sanhedrin exigia que los propósitos de éste fuesen ante todo religiosos, á saber, la correcta observancia de los preceptos de la religion, si bien hay que tener presente que esta religion abarcaba y regulaba la vida pública y privada de todo el pueblo. No se sabe ni se puede saber ya la relacion que en concepto de Gabinio debía haber entre el sanhedrin y el sumo sacerdote. Mas adelante presidió el sumo sacerdote el sanhedrin de Jerusalén, y á esta circunstancia se debió seguramente en mucha parte la gran autoridad que gozó desde un principio. Por lo demás, siendo Hircano II por su tendencia fariseo, es muy natural que este partido dominara completamente en el tiempo que nos ocupa.

No obstante, el partido saduceo hizo una tentativa para recuperar su posicion perdida. Aristóbulo II salió furtivamente de Roma con su hijo segundo Antígono y se presentó repentinamente cerca del destruido castillo de Alexandreia con intencion de volver á reedificar esta plaza fuerte. Esto le atrajo á todos los patriotas de la Judea, y hasta un jefe judío de tropa romana, llamado Peitolao, se le unió con 1,000 soldados; porque como militar que era, no debió de ser de su gusto el régimen devoto de Hircano. Gabinio envió contra Aristóbulo tres generales, Sisena, Antonio y Servilio, y pronto tuvo Aristóbulo que convencerse de la imposibilidad de sostenerse al Oeste del Jordán. Por tanto resolvió retirarse á la plaza de Maquero; despidió toda la gente inútil que le seguia y emprendió con 8,000 hombres la marcha al Sur de la comarca oriental del Jordán. En el camino fué atacado, y á pesar del valor heroico de su gente, perdió en este combate cinco mil hombres; los demás huyeron, á excepcion de mil hombres poco mas ó menos que llegaron con Aristóbulo á Maquero. Fortificaron esta plaza como pudieron y á toda prisa, porque el enemigo llegaba tras ellos. La resistencia duró dos dias al cabo de los cuales el valiente Asmoneo tuvo que rendirse con su hijo. Cubierto de heridas fué llevado ante Gabinio, que le envió á Roma, donde se le tuvo preso: su hijo Antígono recobró la libertad á ruegos de su madre, que había logrado anteriormente la misma gracia para su hijo mayor, porque esta mujer tenia mucha influencia sobre Gabinio.

Habiase propuesto Gabinio emprender una campaña con-

tra los partos cuando quedase desembarazado de los asuntos de Judea, pero entonces recibió de su general en jefe Pompeyo la órden de restablecer en el trono de Egipto al rey Tolomeo XI Auletes expulsado por su hija Berenice y su esposo Arquelao. En esta campaña, como en la de Escauro contra el rey árabe, auxiliaron á los romanos Hircano y Antípatro. El primero envió á Gabinio desde Jerusalén armas, dinero y cereales, y además empleó su influencia de sumo sacerdote para ganar á favor de los romanos á los judíos egipcios, que segun parece constituían una parte importante del ejército enemigo, y á los cuales estaba confiada además la defensa por el lado de Palestina. Todo esto hizo que Gabinio consiguiera en Egipto su propósito; mas cuando regresó volvió á encontrar toda la Palestina sublevada. Alejandro, el hijo mayor de Aristóbulo II, había empuñado por segunda vez las armas é imitando el ejemplo de Judas Macabeo, recorria todo el país exterminando á los romanos y á sus amigos. Había reunido hasta 30,000 hombres, y los romanos de Palestina, huyendo de la persecucion, se habían refugiado y concentrado en el monte Garizim. Gabinio conoció que la fuerza de las armas era insuficiente para dominar la sublevacion; y como deseaba acabar rápidamente con ella y restablecer el órden de un modo duradero reconciliando al pueblo judío con el dominio romano, se valió de Antípatro para apaciguar los ánimos de los sublevados. No se engañó; porque Antípatro tan pronto como llegó de Egipto, reconcilió á muchos judíos y los atrajo á la causa de Roma, quedando por vencer con las armas solos Alejandro y su ejército. En la llanura de Jesrael junto al monte Tabor en el Mediodía de Galilea, sitio célebre desde antiguo por las batallas que allí se libraron, se encontraron los dos ejércitos, y Alejandro quedó derrotado, dejando segun se dice 10,000 muertos en el campo de batalla.

Gabinio, despues de esta victoria volvió á modificar la organizacion del pueblo judío. No conocemos bien los pormenores de estas modificaciones; mas parece que se refirieron principalmente á la capital, porque se dice que se hicieron por consejo de Antípatro. Esto induce á presumir que este hombre inteligente reconoceria como causa principal de la excitacion de los judíos la creacion de cuatro capitales ó centros gubernativos y administrativos además de Jerusalén, y propondria á Gabinio restituir á esta ciudad su importancia y autoridad. Y que así se hizo lo prueba el hecho de que poco despues del sanhedrin de Jerusalén era la autoridad competente para los asuntos de Galilea.

Con una campaña mas feliz que la de Escauro contra los árabes nabateos dió fin Gabinio á su gobierno de la provincia de Siria. Los triunviros hicieron un nuevo reparto del imperio entre sí cuando tuvieron su fastuosa reunion en Luca en el mes de abril del año 56 antes de la era cristiana. Segun este nuevo reparto tocó á Craso el mando en jefe del Oriente; pero los sucesos desbarataron este plan burlándose de los cálculos de los hombres. Llegó Craso al Asia con el propósito de marchar contra los partos y fué tambien á Jerusalén para reunir dinero. Eleazar, el tesorero del templo, al cual se había despojado ya de todos sus fondos hasta la cantidad, segun se dice, de 2,000 talentos, hizo esfuerzos inútiles para contentar al triunviro entregándole la barra de oro macizo de la cual colgaba la cortina interior del santuario; Craso no se contentó y se apoderó de todo lo que era de oro en el templo. De nada le valió, porque poco despues pereció con todo su ejército en la terrible batalla de Carres y Sinaca el 8 y 9 de junio del año 53 antes de J. C. Únicamente se salvó Cayo Casio Longino, entonces cuestor, con su caballería, consiguiendo llegar á Siria y contener allí á los partos que le perseguian. Pero la muerte del general en jefe ha-

bia reanimado á los judíos y contra ellos tuvo Casio que emprender otra vez la lucha. Tomó la ciudad de Tariquea en el Sudoeste del lago de Genezaret y redujo 30,000 judíos á la esclavitud. El jefe Peitolao que había tomado parte anteriormente en la sublevacion de Aristóbulo, fué decapitado por consejo de Antípatro, que continuaba siendo partidario decidido de Roma.

César cuando se hizo dueño de Roma en el año 49 antes de J. C., habiendo Pompeyo y el Senado huido á Grecia, juzgó útil dar la libertad á Aristóbulo II, reducido á prision por Pompeyo, y permitirle pasar á Judea proporcionándose un amigo y haciendo un enemigo mas á Pompeyo; pero el largo cautiverio del infortunado Asmoneo le había quebrantado las fuerzas: los pompeyanos se apoderaron de él sin dificultad y le envenenaron. Hasta mucho tiempo despues no pudieron ser sepultados sus restos junto á los de sus antepasados. Su hijo mayor, Alejandro, que se había sublevado dos veces contra los romanos, fué decapitado en Antioquia por órden de Escipion, general de Pompeyo. Sus hermanas vivieron con su madre, amiga de los romanos, en Ascalon, donde las tomó bajo su proteccion Tolomeo, hijo de Menes, tirano de Calcis. Despues, habiéndose casado su hijo Filipion con Alejandra, una de las dos jóvenes, el padre, fuese por celos ó por cálculo ambicioso, mató al hijo y se casó con Alejandra. Es posible que el motivo fuera la ambicion para adquirir con este casamiento los derechos de la familia Asmonea al trono de Judea.

Mientras todo esto sucedia en Palestina estalló la guerra civil entre César y Pompeyo, guerra á la que puso fin la muerte de este último, ocurrida en 28 de setiembre de 48. El epilogo de estas contiendas fué, como se sabe, el asesinato de César.

3. Estado interior. La literatura.

De la relacion de los sucesos ocurridos en los veinte años que habían pasado desde la muerte de la reina Alejandra hasta la muerte de Pompeyo, resulta al parecer que en este período el espíritu del pueblo judío se había apartado de la política; las luchas de Aristóbulo II y de su hijo Alejandro no vienen á ser mas que tentativas vanas para mantener vivos ó resucitar el sentimiento nacional y el antiguo valor guerrero del pueblo judío; pero ya éste no se movia sino impulsado por los intereses mercantiles y los religiosos, exactamente como había sucedido en el tiempo anterior al de los Macabeos. Esta amalgama singular de los dos intereses, el mercantil y el religioso, tenia su explicacion, porque en la época griega de la religion judía se vió el individuo como tal frente á frente con Dios, que le concedia su gracia á medida que cumplia los mandamientos, y en la época romana comprendió el judío que cada uno debía mirar por su bienestar en este mundo, bienestar que seria tanto mayor, cuanto mas eficaces fuesen sus esfuerzos individuales. Esta es la situacion espiritual en que se fijaron y continuaron esencialmente los judíos fuera de Palestina. Por efecto de las constantes y activas relaciones entre los judíos de otros países y los de Palestina, se comunicaron tambien estas tendencias continuamente á toda la poblacion judía en general. En Palestina la época de los Asmoneos había producido otras ideas, en particular las religiosas, que habían adquirido en todas partes mayor vigor. La idea de ser Israel el pueblo de Dios había alcanzado nueva importancia, no ya en el concepto sencillo de que Dios estaba con su pueblo y que no lo abandonaria, sino en el de las grandes promesas del porvenir, si la nacion y cada individuo por sí, cumplian religiosamente y con toda escrupulosidad los preceptos y mandamientos, como dice un

pasaje: «Ahora está Israel abandonado, pero si cumple fielmente su deber, Dios realizará sus magníficas promesas.» Este es el pensamiento fundamental de la literatura apocalíptica que floreció desde la época de los Macabeos. Es á la verdad muy afín á las ideas de los escritos proféticos antiguos; pero hay un punto importante que distingue muy claramente el espíritu de los escritos proféticos del de los apocalípticos. En los primeros las exhortaciones á la penitencia dimanaban directamente de las circunstancias religiosas, morales y políticas que existen á la sazón y que mueven al profeta. El profeta se propone ante todo indicar el camino de la mejora; y las pinturas del porvenir que accidentalmente ocurren en sus escritos, no hacen mas que bosquejar en cierta manera el mundo de ideas del cual el profeta saca las armas para su lucha contra las transgresiones de su pueblo y para reanimar sus fuerzas en esta lucha. En cambio, el autor apocalíptico tiene la ley escrita que consigna la voluntad de Dios. La aplicación de esta ley á las necesidades de la situación del momento ofrece el inconveniente de que la ley no atiende casi para nada á las necesidades políticas ni internacionales del pueblo de Israel como entidad política. Ordena, sí, el aniquilamiento de ciertos pueblos establecidos en Palestina, pero por otra parte no quiere que los reyes de Israel tengan caballos y carros (de guerra). Prescribe reglas para cuando ocurre alguna guerra, pero reglas que imposibilitan hacer la guerra como conviene; ni siquiera prevé la necesidad de embajadas ni de convenios entre el pueblo de Israel y otras naciones ó potencias. Lo que regula minuciosamente esta ley es la santificación de la vida del individuo y todos los actos del culto. Así es que los doctores de esta ley concentran toda su atención en adaptarla á las diferentes circunstancias.

Por eso desde el primer instante la política extranjera, en la cual se vieron envueltos forzosamente los Asmoneos posteriores y sus partidarios los saduceos, estuvo en pugna con el texto literal de la ley. La manera de conciliar los juicios devotos su sentimiento de nacionalidad con su celo religioso está representada en los escritos apocalípticos, es decir, en la contemplación intensa del tiempo glorioso prometido á los que cumplen rigurosamente los preceptos de la ley; y según tales escritos, para traer este tiempo glorioso no valían ni la sabiduría humana ni la fuerza, sino únicamente la omnipotencia divina, es decir, el milagro. La ocupación principal en materia de religión de los devotos de la clase farisea era además del cumplimiento exactísimo de las prescripciones de la ley judaica, la contemplación de la gloria prometida por Dios á su pueblo, la meditación profunda y devota sobre la manera maravillosa que Dios emplearía para conducir á su pueblo á esta gloria, y el observar, indagar, escudriñar todo lo que pudiese servir á conocer, calcular ó adivinar la proximidad de la transformación prometida de las cosas al realizar Dios sus promesas. De esto son el reflejo los minuciosos libros apocalípticos, los cuales solo nos presentan una débil imagen de la inmensa fe religiosa que atesoraba entonces el pueblo judío. Además de la servidumbre política pesaba sobre este pueblo una balumba de prescripciones religiosas tan grande, que solo pudo soportar tanta carga sacando fuerzas de las esperanzas apocalípticas.

De los productos literarios del tiempo del dominio romano conviene citar los salmos de Salomón, una colección de 18 cánticos que se han transmitido en lengua griega, si bien probablemente fueron escritos en lengua hebrea por su autor. Varios de estos cánticos son acaso del reinado de Alejandro Janeco, y alguno pertenece quizás á época posterior á la de que hemos tratado. La relación histórica de estos salmos solo aparece con entera claridad en los pasajes que aluden á la

conquista de Jerusalén por Pompeyo y á los sucesos ulteriores de éste. En todos se observa un espíritu hostil á la dinastía de los Asmoneos. Lo que censuran estos salmos en la familia asmonea está expresado con una claridad que no deja lugar á ninguna duda. Por ejemplo, el salmo 17 (1) empieza con las palabras: «Señor, tú eres nuestro rey siempre y eternamente» y concluye con esta expresión análoga: «Señor, tú has elegido á David para rey de Israel y has prometido á él y á su descendencia para todos los tiempos, que su dominio real jamás se extinguirá ante tí. Por nuestros pecados se alzaron impíos sobre nosotros, nos atacaron y nos expulsaron; lo que tú no les prometiste, ellos se lo tomaron á la fuerza. Y no dieron honor á tu sagrado nombre, sino que en su orgullo se ciñeron la corona y profanaron el trono de David en su soberbia jactanciosa.» Es decir, que una familia levítica se colocó inicuamente en el puesto de la familia real de la tribu de Judá. Lo mismo viene á decir esta expresión del salmo 8: «Robaron lo sagrado de Dios cuando no lo reclamó ningún heredero legítimo.» La otra iniquidad que á cada paso se echa en cara á los Asmoneos, es la profanación del servicio divino: «Al altar de Dios se acercaron directamente desde cualquiera impureza (sin purificarse primero); derramando sangre comieron la carne del sacrificio como otra carne cualquiera.» Este pasaje alude principalmente á las guerras sangrientas de los Asmoneos, que no se conciliaban con su cargo sagrado, pero otros pasajes condenan también su conducta privada por voluptuosa, desenfrenada y á la vez hipócritamente devota: «Lleno estaba el mundo (de la fama) de su riqueza, y su fama llegó hasta los extremos de la tierra; se elevaron hasta las estrellas y pensaban que jamás caerían; se volvieron soberbios en su fortuna y no pudieron soportarla. Sus pecados están ocultos; sus iniquidades exceden á las de los paganos que los precedieron; ellos han profanado inicuamente lo sagrado del Señor.» Otro pasaje habla mucho más claro y especifica las maldades: «Dios ha sacado sus pecados al sol; el país entero reconoció la justicia de Dios; en lugares ocultos cometieron sus abominaciones repugnantes, como el incesto del hijo con la madre, y del padre con la hija; cada cual cometió adulterio con la mujer del prójimo.» Lo que aquí se atribuye á los Asmoneos, es aplicado por estos salmos también á los que les seguían y por lo mismo á los saduceos. El nombre de saduceo no se encuentra en los salmos, como tampoco se encuentran el de fariseo; pero al hablar de los impíos que quieren agradar á los hombres, cuya mirada se dirige á la casa de un hombre que sabe como la serpiente interpretar la sabiduría de ángeles con palabras de diablo (se refiere el salmo á los Asmoneos que explicaban sus planes políticos como conformes con la ley), alude indudablemente á los saduceos, á los cuales los salmos atribuyen, como lo hace también Josefo, una dureza extremada en la aplicación de la justicia, genio mundano, lascivia oculta, etc. En cambio los autores se llaman y llaman á los de su opinión pobres y devotos, amigos de reuniones devotas, cuya mayor alegría es ser justos (cumplidores de los mandamientos y prescripciones de la ley). «La desgracia ha caído sobre el país, pero ha tocado más á los impíos que á los devotos.» Al consolarse de esta manera habla el salmista de la campaña de Pompeyo dirigida contra Aristóbulo II: «Las fieras, — dice el salmo, — se han echado sobre ellos (los impíos); con sus dientes han destrozado sus carnes; con sus mandíbulas han triturado sus huesos, pero á nosotros nos ha preservado el Señor de todo esto. El temeroso de Dios estaba espantado á causa de sus transgresiones y temía ser arras-

(1) Las traducciones que damos aquí son las de J. Wellhausen, (*Fariseos y Saduceos*), Gresswald, 1874, pág. 131, etc.

trado con los impíos, porque la caída de los pecadores fué tremenda. Pero de todo esto nada alcanzó al justo: porque existe una diferencia entre el castigo del justo por sus pecados de ignorancia y el aniquilamiento de los impíos.» Refiérese la llegada de Pompeyo diferentes veces y extensamente: «Dios trajo de los confines del mundo al poderoso conquistador que resolvió hacer guerra á Jerusalén y á su país. Con alegría salieron á recibirle los dueños del país y le dijeron: Bendita sea tu venida; entra en paz. Allanaron los caminos ásperos delante de él, abrieron los desfiladeros que conducen á Jerusalén, adornaron sus murallas con guirnaldas. El entró como un padre en la casa de sus hijos, afirmó el pie con toda seguridad, apoderóse de los castillos del país y de las murallas de Jerusalén. — Ejecutó á sus jefes y á todos sus sabios consejeros, derramó la sangre de los habitantes de Jerusalén como agua sucia y se llevó sus hijos é hijas.» Todo esto es muy exacto, pero faltan ciertos puntos, como el combate de Aristóbulo antes de la entrada en Jerusalén, la toma del templo y su profanación. Estas omisiones se explican considerando que el poeta no se propuso tanto hacer una relación histórica como una descripción de la ceguera de los impíos y de su castigo por Dios. En este mismo sentido hay que entender también la descripción de las disposiciones de Pompeyo.

En otro pasaje se dice de la profanación del templo: «En su barbarie cometió el enemigo una extralimitación, porque su corazón no conocía á nuestro Dios. Y todo lo que hizo en Jerusalén, lo hizo como suelen hacerlo los paganos en sus ciudades dirigiéndose á sus dioses. Los peores fueron los hijos de la alianza (los judíos) en medio de los paganos; ninguno de ellos practicaba en Jerusalén lo que era justo. Entonces huyeron delante de ellos los amigos de las reuniones devotas.» En este trozo lamenta el autor la conducta de Pompeyo, pero le excusa hasta cierto punto diciendo que siendo pagano procedió como tal; mas la culpa de toda la desgracia la tienen como siempre los saduceos. En el pasaje siguiente se habla claramente de la toma del templo y de su profanación. «El pagano rompió temerario con el ariete las murallas y tú no lo impediste; bárbaros subieron en su soberbia á tu altar con sus zapatos, en castigo de que los hijos de Jerusalén profanaban el santuario del Señor.» El poeta pinta el derribo de las murallas y los horrores de la conquista en estos términos: «Dios ha entregado los hijos de Jerusalén á la burla y al ludibrio; ella misma está abierta á cuantos pasan por allí. Y las hijas de Jerusalén fueron deshonradas, según tu sentencia, por haberse manchado ellas mismas con su desenfreno licencioso.» Con particular frecuencia se menciona su conducción al cautiverio: «Los hijos y las hijas son llevados cautivos con ignominia; el cuello rodeado de un anillo para atraer las miradas de los paganos.» «El pagano ha despojado nuestro país de sus habitantes; jóvenes, viejos y niños se ha llevado. En su ira y soberbia los desterró al Occidente mas lejano, y á los principales del país ha tratado fatalmente sin misericordia.» Estas últimas palabras se refieren evidentemente á la decapitación de los jefes saduceos. Lo siguiente alude directamente á la deportación de Aristóbulo y de sus hijos: «Se ciñeron la corona, pero tú, Dios, los derribas y alejas á su familia del país.» Estos salmistas no parecen tampoco muy satisfechos de tener á Hircano II por sumo sacerdote porque al hablar de los Asmoneos no piensan mas que en Aristóbulo y sus partidarios. Solo muy de paso mencionan una vez á una rama mejor de esta familia. Primero dice el poeta: «Según sus pecados los pagas, oh Dios (á los Asmoneos), tienen lo que han merecido,» y después dice: «Dios tiene misericordia de ellos según sus obras; puso su familia á prueba y no la abandonó del todo.» En un pasaje

dice el poeta á la manera antigua que los romanos han olvidado su misión de azote que Dios les ha encargado, permitiéndose extralimitaciones por cuyo motivo el principal culpable (Pompeyo) ha recibido el castigo merecido: «No proceden como servidores celosos de Dios, sino según el capricho de su corazón para desahogar su furor en nosotros en el saqueo — No hace mucho que Dios me enseñó la sustancia de su soberbia (de la de Pompeyo) cuando yacía degollado en la frontera de Egipto, desechado, menospreciado en la tierra y en el mar. Su cadáver fué mutilado por las olas que se rompían contra la orilla; nadie le dió sepultura porque Dios le abandona al desprecio.» Pompeyo murió como es sabido á manos de un asesino cuando quiso pasar desde su buque en una barquilla á la costa egipcia, á invitación del joven rey de Egipto. Al cadáver le fué cortada la cabeza y así quedó algún tiempo sin recibir sepultura.

El punto lírico es en estos salmos ora la alabanza de la justicia de Dios, ora la acción de gracias por la preservación de los devotos, ora la confianza y fe en los tiempos aciagos, ora la súplica de auxilio. En todos los salmos resalta la manera verdaderamente religiosa de comprender la relación entre Dios y el hombre: «Al esforzado no se le arrebató su presa, porque ¿quién podría tomar algo de lo tuyo, si tú no lo das? Al hombre toca lo que tú le has concedido y no recibe mas que lo que tú, oh Dios, le has destinado.» Consecuente el poeta con la misma idea, atribuye la mejora y enmienda del hombre á la gracia de Dios: «Estaba yo ya á la puerta del infierno junto con los pecadores cuando mi alma se había alejado del Dios de Israel, pero el Señor con su merced eterna se apiadó. Me dió un empujón como cuando se espolea el caballo para que se mueva; mi salvador y auxiliador me ha librado de todo peligro.» Conforme á la misma idea ora el salmista: «Dirige las obras de mis manos según tu regla y vela sobre mi conducta para que siempre piense en tí.» No por esto exime el poeta al hombre de la responsabilidad de sus actos, porque dice: «Oh Dios, nuestros actos dependen de nuestra voluntad, y nuestra alma tiene poder para hacer cosas justas é injustas, y tú castigas á los hijos de los hombres según las obras de sus manos y según tu justicia.» Esta conciencia de la responsabilidad humana no está en pugna con el presentimiento de una diversidad de destinos: «La señal puesta por Dios protege á los justos;» «la señal de la perdición está en la frente de los pecadores.» En el pasaje siguiente se dice quiénes son los justos: «El Señor es fiel á los que le aman de veras, á los que reciben resignados su castigo, á los que marchan sin salirse de la justicia de sus mandamientos, ni de la ley que El nos ha dado para que vivamos; los devotos del Señor tendrán en él (en el cumplimiento de los preceptos) la vida eterna; el jardín del Señor, los árboles de la vida son sus devotos. Su raíz está plantada sólidamente para la eternidad; jamás serán arrancados, porque la parte y la herencia de Dios es Israel.» Obsérvese en este trozo atentamente la marcha de las ideas. La fidelidad (la merced) del Señor es proporcional al amor que se le profesa y se prueba con el cumplimiento eficaz de su ley. La comunidad de los justos es el jardín de Dios, es decir, su placer y su honor. Por esto puede esperar el justo vida eterna por la merced de Dios. Esta fe en la perdurabilidad de la vida de los devotos era la conquista de los dos siglos anteriores, enaltecida muy particularmente por el partido fariseo. Verdad es que al final del trozo se designa como parte y herencia de Dios todo el pueblo de Israel; pero esto es porque Israel recibió y posee la ley divina; el individuo es agraciado con la vida eterna, no como individuo del pueblo de Israel, sino por cumplir fielmente la ley, pero esta ley solo se cumple y solo puede cumplirse dentro del pueblo de Israel. Desde